

Un signo negativo y destructor

Por Sebastián SALAZAR BONDY

El problema de la delincuencia juvenil se está volviendo obsesivo en la preocupación de los educadores y las autoridades del mundo entero. La conducta feroz de los jóvenes, en general agrupados en pandillas, se propaga y multiplica aún en países en los cuales la justicia social ha alcanzado niveles extraordinarios y en los que la explosión de violencia no puede atribuirse al descontento causado por la miseria reinante. Una muchedumbre de adolescentes arrasó recientemente, en Suecia, toda una ciudad, y en Francia las estadísticas revelan que existen y actúan ochenta bandas de muchachos dedicados a la depredación y el delito armado. Hechos y cifras semejantes se dan en Inglaterra, Estados Unidos, Italia, etc., como expresión de un fenómeno mundial que admite muchas hipótesis pero que hasta ahora no halla su solución racional y eficaz. En las naciones en donde, debido al subdesarrollo, hay un fermento colectivo de rebelión, se ha propuesto como único remedio a este mal la elevación del "standard" de vida, la creación de incentivos vitales, la reorganización social encaminada a procurar iguales oportunidades a todos los que comienzan a existir como ciudadanos, cualesquiera fuere su origen. En los países de alto desenvolvimiento industrial y, en consecuencia, de distinto carácter en lo que respecta a las posibilidades que se abren a un joven, se ha dicho que es preciso devolverle a la existencia su naturalidad, su espontaneidad, su pureza, ahogadas por la urbe y sus terribles artificios.

En el fondo, sin embargo, ¿no se trata de lo mismo? En el primer caso, el muchacho sabe que está inevitablemente condenado a permanecer en un estrato social bajo, sometido a un orden de cosas servil, maniatados su talento y su voluntad por la abusiva estructura de la comunidad en que ha nacido.



El escape de este callejón sin salida lícita está en los procedimientos ilegales, en la fractura delictuosa de los límites de su clase, en la protesta a través del mal. La miseria no produce santos, porque el hambre, el frío, la angustia, el dolor de entorno son el cruel contraste de las injustas ventajas de los pocos privilegiados. En el segundo caso, el joven se encuentra envuelto por el ocio, la rutina, las convenciones, la inacción, y su conducta se enrumba hacia la búsqueda de una aventura nueva, que le permita ser esa fuerza que, en el fondo de su persona aún informe, siente que es. El mundo de ficciones al que debe resignarse — cine, televisión, prensa, etc. — tampoco engendra conformidad y bonhomía. La ciudad moderna es, en sí mísera aunque ofrezca techo, pan, vestido.

El profesor Lambiotte escribe en "Le Monde" de París, que un correctivo racional contra la proliferación de las bandas de delinquentes juveniles es la creación de "clubs juveniles" que acojan a los muchachos desorientados pero ahitos de energías y los dediquen al deporte, al arte, al trabajo artesanal, al servicio social, según su vocación. En vez de que, después de las horas escolares o laborales, esos adolescentes vaguen por las calles se entreguen en los bares a los "tragamonedas" acudan a los cabarets y centros de diversión dudosa, vías a través de las cuales llegan a la delincuencia individual y asociada, discurre el articulista francés que los clubs de barrio pueden recibirlos para darles, sin el imperio de la obligación, una ocasión de probar sus habilidades en cierto terreno vocacional. Aquí, en Lima, ya se ha bosquejado un proyecto similar, aunque todavía no se ha puesto en práctica.

Tal vez el plan del profesor Lambiotte sea parcialmente bueno. Hay algo, sin embargo, que esa idea no toca. Si el adolescente contemporáneo se siente asediado por la pobreza de la realidad circundante — por la pobreza material, como en los países subdesarrollados, o por la pobreza espiritual, como en los países avanzados—, el problema estriba en esa pobreza y nada más. La cultura y la civilización de nuestro tiempo, el sistema económico y social del mundo actual, padecen de una carencia. Carencia de fe, o sea, materialismo. Todo está contaminado de interés, ambición, individualismo. Habrá que restituir el principio de que, por sobre el destino de cada cual, está el destino común, y que la meta de ese destino es el bien. Bien que en las sociedades aherrojadas es la liberación y la conquista de la autonomía, y que en las